



VISTA RESTAURADA DE UNA PLAZA DE POMPEYA.

Todo lo que se refiere á los pueblos de la antigüedad que obediendo á leyes eternas han perecido para dejar lugar á otros nuevos tiene un interés extraordinario porque revela usos y costumbres tan distintos de las de nuestra época. ¿Que suerte espera á su vez á nuestra sociedad moderna que se muestra tan orgullosa? Tal vez llegará día en que un dibujante curioso se balle en el caso de volver á la vida con su lápiz esos monumentos en torno de los cuales se apiña hoy la multitud, y que entonces se hallarán reducidos á un monton de ruinas.

Paris, Londres, Viena, Madrid no serán mas que antigüedades misteriosas en las cuales buscarán nuestros descendientes los secretos de una civilizacion pasada. Triste condicion de la marcha de la humanidad, cuyos intereses cambian tan fácilmente y cuyas obras mas admirables solo llegan al fin á ser ruinas ilustres!

¡Pero qué importa esto si el mundo sigue la marcha que tiene trazada, si cada uno de esos campamentos de la raza humana, marca un progreso en la marcha general, y si los restos de las civilizaciones

16 DE FEBRERO DE 1851.

destruidas nos inspiran mas sentimiento por la pérdida de lo pasado que esperanzas por el porvenir!

El grabado que hoy ofrecemos es la restauracion de una plaza de Pompeya hecha por un pintor con arreglo á los descubrimientos que dan á conocer lo que seria aquel sitio público en toda su integridad. Fijando la atencion en el grabado lo que mas sorprende es la profusion de obras de arte: ninguna ciudad moderna de clase análoga á la de Pompeya podria presentar un espectáculo semejante. Este es uno de los mas notables caracteres que diferencian á las dos épocas. En la antigüedad la vida pública tenia una importancia que se revelaba por la muchedumbre de los monumentos públicos: la ornamentacion era el lujo de un gran pueblo, ella patentizaba en aquellos tiempos su poder, su prosperidad y sus luces. Ahora las preocupaciones han decaído, la vida individual ha tomado mas importancia, el bienestar de las personas ha llegado á ser el negocio principal. Las mejoras públicas han tenido por mira la utilidad mas que el lujo; antes que de adornar las plazas se cuida de dar los establecimientos necesarios para la salubridad y la comodidad de los habitantes.

Este cambio en la vida de las poblaciones, añade nuevos atractivos á los descubrimientos que se hacen de objetos de la antigüedad, en los cuales podrán estudiarse las costumbres de tiempos remotos, y hacen por consiguiente mas curiosa la vista restaurada de la plaza de Pompeya que presentamos á nuestros lectores.

ESTUDIOS HISTORICOS.

(Conclusion.)

IV.

Y aqui es preciso que entremos en algunos pormenores de la historia general.

Las disensiones civiles, dice un moderno historiador, agitaban sin cesar los dominios del rey godo Leovigildo, partidario de Arrio, mientras que los habitantes de la Vizcaya y de Leon, apoyados por los suevos que dominaban una gran parte de la Galicia y del Portugal, rehusaban con el empeño y obstinacion que mostrara siempre el ortodoxo pueblo español, el prestar obediencia y sumision á un arriano. Mir, rey de los suevos, convertido recientemente al catolicismo, no se atrevia á dar abierto y franco auxilio á los católicos sublevados, de manera que Leovigildo, cayendo de improviso sobre aquellos pueblos disidentes, les redujo pronto á la obediencia. Empero, á pesar de sus victorias, las facciones se sucedian sin cesar. A fin, pues, de dominar mejor á los insurrectos y asegurar su combatido trono, se asoció á sus dos hijos, Hermenegildo, nombre compuesto de *Heez*, ejército; *maun*, hombre; y *geld*, plata ó moneda; y Recaredo, de *Relze* ó *Ralze*, venganza; y *rede*, palabra.

Leovigildo fué el primer rey godo que estableció un impuesto ó contribucion directa sobre sus pueblos para subvenir á los gastos que le ocasionaban las guerras incesantes que tenia que sostener, no basando para ello el botin y fruto de sus victorias. Esta medida originó gran descontento, que unido á las opiniones religiosas, armaron al hijo contra el padre, mas en provecho ciertamente de la religion misma que del personal interés.

Era el principe Hermenegildo hijo primogénito del rey, nacido, asi como Recaredo su hermano, del primer matrimonio con Teodosia, hija del gobernador bizantino de la provincia cartaginesa. Hermenegildo se habia casado por los años 576 con Yugunda, hija de Sigiberto y de Brunequilda, reyes de los francos. El principe godo educado por una madre católica, habia recibido de ella las primeras nociones de la fé, mucho mas santa á sus ojos por hallarse por aquellos tiempos perseguida. El arrianismo imperaba entonces en la corte de Toledo con Goswinta, segunda muger de Leovigildo, y dócil instrumento de los sacerdotes de su secta. La esposa de Hermenegildo, fervorosa católica, sufría sin tregua ni descanso las invectivas y persecuciones de su suegra que trabajaba sin cesar para hacerla abjurar los principios y pureza de su fé. Tales violencias, lejos de agotar sus sufrimientos, conquistaron enteramente la voluntad y conviccion de Hermenegildo, el cual catequizado é instruido por el obispo de Sevilla san Leandro, se declaró el apoyo y protector de los católicos oprimidos.

Leovigildo, para cortar de raiz los continuos disgustos de su familia, juzgó por mas prudente el medio de alejar á los jóvenes esposos dándoles el gobierno de una parte de Andalucía (1). Empero, sabida por el rey su conversion, les llamó de nuevo para conferenciar sobre

negocios del Estado, porque á mas de la pública confesion de su fé, se habia hecho creer á Leovigildo que su hijo se hallaba en relaciones secretas con los griegos del litoral africano y el resto de los católicos de toda la península.

Inocente ó culpable, Hermenegildo no quiso obedecer. Aprestóse su padre á marchar contra él; empero la poblacion católica se alzó en su defensa, y este principe forzado á rebelarse para su propia conservacion, se unió con los griegos, enviando á Constantinopla á su apoyo y consejero San Leandro, para que el emperador confirmase aquella alianza. Mir, rey de los suevos, y como él tambien católico, le ofreció al propio tiempo su auxilio y cooperacion.

La posicion de Leovigildo era escabrosa. Indiferente como la mayor parte de los reyes godos á las querellas religiosas, veia formarse á los católicos en partido político con el objeto de destronarle, partido valiente y tenaz, fuerte por la conviccion, la sumision y el deseo de estenderse. Veia á su propio hijo primogénito puesto á la cabeza de este mismo partido, pudiendo de un momento á otro reunir bajo sus banderas la mayoría de los habitantes de sus dominios, declarándose el gefe de sus enemigos del interior y aliado de los del exterior. Los griegos, viéndose apoyados en la península, se disponian en nombre de Hermenegildo á ocupar las provincias mas ricas de España: los suevos se aprestaban á sacudir el yugo que pesaba sobre sus hombros, y estenderse tambien; y por su parte los reyes francos ambicionaban el encontrar el mas frívolo pretexto para apoderarse de la Gallia narbonense, objeto de sus mas constantes deseos.

Antes de recurrir á las armas, trató Leovigildo de separar del partido de su hijo, ofreciéndoles grandes promesas, á todos aquellos á quienes el miedo ó el interés pudiera hacer abrazar el arrianismo. Dispuesto luego ya á marchar hácia el mediodía, donde los rebeldes, apoyados por los griegos, se preparaban á resistirle, quiso antes sujetar á los insurrectos del pais vasco, ocupando segun nos dice el ya citado Juan de Biclár, una buena parte de aquel pais, y fundando en prueba de su triunfo una ciudad á quien puso el nombre de *Victoriacum* (Vitoria).

El rey godo marchó en seguida contra *Hispalis* (Sevilla), donde su hijo se habia fortificado (1). Apoderóse desde luego de Mérida, ocupada por los rebeldes; empero sorprendido en su marcha victoriosa por la noticia que los reyes francos Chilperico y Childeberto habian invadido la Gallia gótica, y que los suevos se dirigian al mismo tiempo contra él, trató de conjurar la tempestad que le amenazaba pidiendo á Chilperico la mano de su hija Riguntha para su hijo Recaredo. Durante estas negociaciones, dirigidas sobre todo á dividir los reyes francos, Leovigildo sitió á *Hispalis* circunvalándola para rendirla por hambre, al mismo tiempo que repetia los asaltos, variando á la vez el curso del Guadalquivir para lograr, si ser pudiera, su objeto con el primer medio. Mir, rey de los suevos, á fin de libertar á Hermenegildo intentó, aunque en vano, el dar un ataque al rey godo; empero Leovigildo dispuso sus tropas de manera cercándole con su ejército, que le fué imposible combatir, exigiendo de su rebelde feudatario un nuevo juramento de fidelidad que no tuvo tiempo de quebrantar, pues falleció poco tiempo despues en Galicia.

Leovigildo, para asegurar mejor la rendicion de *Hispalis*, reconstruyó las murallas de la antigua *Italica*, como para amenazar á la ciudad insurrecta con un sitio sin fin. Esta medida acabó por desconcertar á los sitiados; y como sus fuerzas se hallasen azas enflaquecidas por los continuados ataques, un último y vigoroso asalto hizo caer la ciudad en poder de las tropas del rey godo. Hermenegildo se refugió en Córdoba, cuya ciudad se entregó muy pronto al vencedor mediante treinta mil monedas romanas de plata. El desgraciado principe se habia, por último, refugiado en una iglesia; mas como Leovigildo no se atreviese á profanarla, le envió á su otro hijo Recaredo, prometiéndole el perdon si se presentaba. Seducido con estas promesas, salió de su asilo; mas no por eso el irritado padre dejó de arrancarle las régias vestiduras, y privándole de sus criados y amigos, enviarle desterrado á Valencia.

Fallecido Mir, su hijo habia renegado el juramento de fidelidad al rey godo, como dueño del terreno ocupado por los suevos; empero Andeca, cuñado del joven rey, le despojó del trono obligándole á retirarse

(1) Florez cita con relacion á esto la inscripcion siguiente encontrada en la Car-tuja de Sevilla:

INNO MINEDOMINI
ANNOFELICITERSECUNDO
REGNIDOM(I)NINOSTRI
HERMIGILDIREGIS
QUEMPERSEQUITUR
GENITORIBUS
DOMLERVIGILDUSREG
INCIBITATESPA.
DUCTIDIONE.

El mismo autor explica así las dos últimas líneas:
Edificado en la ciudad de *isp.* (*Hispalis*) por el duque Tidio.

(1) Provincie partem ad regnandum tribuit. (Juan de Biclár.) Civitatem dedit, in qua regnaret. (Gregorio de Tours.)

á un convento. Leovigildo aprovechó este pretexto para entrar en Galicia, y arrojando del solio al usurpador, le obligó á su vez á buscar su salvacion en un religioso retiro. El imperio de los suevos pasó desde entonces á ser una provincia dependiente del dominio de los godos, dejando de existir para la historia el año 545.

Durante este año, Hermenegildo que se habia concertado de nuevo con los católicos de Valencia, cansado ya de su destierro y creyéndose fuerte para tornar á la lid, renovó su antigua alianza con los de Bizancio, que le enviaron algunos bajeles con tropas; empero perseguido por el ejército de su padre, y abandonado de los suyos, fué hecho prisionero y encerrado en Tarragona. Allí este desgraciado príncipe, no queriendo acceder á los consejos de los sacerdotes arrianos, negándose á abjurar de su fé, y resistiendo rotundamente á recibir la sagrada comunión de sus manos, fue decapitado en su misma cárcel por orden del rey. Tal fué el trágico desenlace de aquel drama terrible, que aunque encubierto entre las densas nieblas de la historia de aquella época, tiene tanta grandeza y esplendor. Drama que encerraba en su seno el germen de un cambio total en la política y gobierno godo de la España. Hermenegildo á causa de su valerosa resistencia á las insidiosas promesas arrianas, fué puesto mas tarde en el catálogo de los santos, venerándole la iglesia como mártir.

Leovigildo, buen rey, pero padre cruel, murió en Toledo en 586. Gregorio de Tours supone que, arriano inflexible durante su vida, entró en sus últimos días en el seno de la comunión ortodoxa, dejando este buen ejemplo á su hijo Recaredo. Mas como esta suposición no se halle confirmada por documento alguno, no la creemos admisible.

Recaredo habia comprendido muy bien que el trono godo no se afianzaria nunca en el suelo español, si el monarca no participaba de las creencias religiosas de la mayoría de sus súbditos. Desde que los suevos habian abjurado el arrianismo, la fé ortodoxa dominaba no solo entre los indigenas ó primitivos iberos, sino entre una gran porción de godos, haciendo prosélitos hasta en la familia real, cuyas gradas del trono se hallaban teñidas con la sangre de un mártir. El catolicismo no era ya para la España una secta ó un partido; era mas bien una segunda nacion mas fuerte y unida que la otra en cuyo seno vivia. De estos dos cultos rivales que se chocaban por do quier, era preciso que uno de ellos quedase vencedor y el otro vencido; y como el ortodoxo era mas antiguo, mas compacto y mas apropiado al clima y costumbres del pais, tenia indispensablemente mas probabilidades de triunfar. La iglesia católica, ese admirable instrumento de organizacion, se encontraba ya allí como una sólida base ofreciendo al poder real fuerza por fuerza y apoyo por apoyo, mientras que el arrianismo, ese ensayo prematuro de rebeldia de la razon humana, no habia hecho, ni podria hacer, como todas las doctrinas prematuras y que solo se alimentan con las pasiones, mas que dar mucha mayor fuerza y valor al dogma que pretendia derribar. Recaredo, pues, sin que tomemos aquí en cuenta su propia convicción, escogió el que mas apoyo le daba, dando así á la España y á su poder mayores elementos de estabilidad y de orden.

Recaredo dedicó los primeros diez meses de su reinado á preparar su pública conversion, de la cual queria hacer, menos un acto de convicción privada, que una accion brillante de reconciliación política. Empezó, pues, castigando con el último suplicio á Siseberto, asesino de su infeliz hermano Hermenegildo, y cuando creyó asaz preparada en su favor la opinion pública, reunió en Toledo un concilio compuesto de los obispos católicos y arrianos para que discutieran libremente sus doctrinas respectivas. Tras largas discusiones y no poco tiempo perdido, Recaredo terminó la disputa, manifestando su voluntad y deseo de entrar en el gremio de la iglesia católica. Reconoció en virtud de esta declaracion la igualdad ó *consustancialidad* de las tres personas divinas, proclamada en el concilio de Nicea, y exhortó con tanta uncion y calor á los obispos arrianos presentes, que todos imitaron su ejemplo, así como los señores que habian asistido y tenian asi nto de derecho en la asamblea (1).

Tornemos ahora á nuestro objeto principal.

La iglesia de Valencia habia sufrido, como todas, la influencia de la época y el poder del trono: la secta de Arrio habia conquistado gran número de prosélitos, y los defensores de la fé ortodoxa habian tenido que sufrir persecuciones, humillaciones y destierros. Segun ya hemos dicho, los primeros, patrocinados por Leovigildo y apoyados por sus delegados en el poder, eligieron contra la voluntad de los or-

todoxos á Murila por gefe de su grey, mientras que los de Toledo que no habian querido adoptar las doctrinas de Arrio, unidos con los de Valencia que se mantenian firmes en la fé católica, tomaron por obispo á Voilgiselo. El gobierno de este duró poco tiempo, agotadas sus fuerzas con las incesantes calumnias que derramaban sobre él sus enemigos, perseguido por los auxilios espirituales que daba en su destierro al infortunado Hermenegildo, murió dejando huérfana la direccion de los fieles y en plena posesion del mando y cabeza de la diócesis á su competidor.

Empero con la muerte de Leovigildo las cosas cambiaron de faz. Convocado Murila como todos los demas prelados de España al concilio de Toledo, para declarar por única sola y verdadera la doctrina del concilio de Nicea, abjuró públicamente sus errores con estas palabras. «Yo Murila en nombre de Cristo, obispo anatematizado por profesar los dogmas de la heregia de Arrio, firmo de todo corazon, de mi libre y espontánea voluntad y con mi mano esta pública retractacion, y abrazo y juro defender en adelante los principios y la fé de la santa iglesia católica en quien creo.» Desde esta época, pues, se cuenta á Murila en el orden cronológico de los prelados.

Tambien se encuentra en la lista de los que firmaron los cánones del concilio de Toledo la firma de un obispo de Valencia llamado Celcino; mas como las antiguas crónicas nada nos dicen de él, no le incluimos en el orden cronológico de los prelados de esta diócesis.

Fallecido Murila, se eligió en su lugar á Eutropio, uno de los mas insignes varones que tenia entonces el estado monástico, monge del monasterio servitano fundado en las inmediaciones de la actual ciudad de Játiva, que perteneció despues á los monges de San Benito, aunque su primitiva fundacion fué bajo la regla de San Agustín. La prudencia y sabiduria de este prelado consiguieron ir restableciendo la paz en los ánimos inquietos, restos todavia de la guerra civil religiosa, al mismo tiempo que con su tolerancia y buen ejemplo disipó lo que quedaba de las heréticas doctrinas de Arrio, que por algun tiempo habian ejercido su absoluto imperio en la valenciana grey. La muerte le arrebató al consuelo de los fieles hácia el año 609 de nuestra era.

Nada se sabe con certeza acerca de su sucesor Martino, sino que fué uno de los obispos que asistieron al concilio tercero de Toledo.

Sucedieron á Martino Murila II en el año 614, y á este Mauricio en 635; luego Aniano en 646 que asistió al cuarto concilio Toletano.

Sucedióle Felix IV en el año 636, y á este Suinterio, asistiendo al concilio oncenno de Toledo, en el cual se demarcaron mas fijamente los límites de la diócesis de Valencia.

Por muerte de Suinterio recayó la dignidad en Hospital á tiempo que se celebraba el duodécimo concilio de Toledo, y como no pudiese asistir á él á causa de sus padeceres y achaques, delegó en su lugar al diácono Miturio que por sus virtudes y saber llegó á obtener mas tarde la dignidad episcopal.

Vacante la silla de Valencia por muerte de Hospital, recayó el episcopado en Altemiro, llegando hasta el año de 683 que por su fallecimiento entraron á gobernar Sarmata ó Sarmatano segun algunos, siendo uno de los que asistieron en los concilios 13, 14 y 15 de Toledo: pues al 16 asistió Uviticelo que habia sucedido á aquel en la dignidad y cargo episcopal en el año 695.

Vinon pos de Uviticelo Lupo III, llegando hasta el año infausto y por siempre memorable de 714, en el cual el rey godo D. Rodrigo perdió en las aguas del Guadalete su trono y su vida. Con suceso tan desgraciado Valencia, como las demas de España, cayó sucesivamente en poder y bajo el yugo del vencedor.

Empero antes de caer esclava, Valencia quiso mostrarse señora y pelear: los cristianos de la ciudad con su obispo á la cabeza opusieron una resistencia tan heroica como desesperada al indomable orgullo de los hijos del profeta musulman: ni hubo privaciones que no se impusieran, ni empresa arriesgada que no acometiesen, ni desesperado valor de que no hiciesen alarde; hasta que mermadas sus fuerzas y abandonados de todos, se rindieron bajo las siguientes condiciones: 1.ª Que se permitiera á sus habitantes continuar viviendo bajo la ley del Evangelio. 2.ª Que se les permitiera tambien elegir los obispos que fueran de su agrado. 3.ª Que para el sostenimiento del culto y sustento del clero continuaria este percibiendo la décima parte de los frutos. Y 4.ª Que se respetarian las propiedades eclesiásticas, iglesias, ornamentos y demas. Accedió á todas estas el vencedor, ocultando su pérdida doblez, pues no bien habian ocupado la ciudad, cuando se apoderaron de la iglesia mayor para convertirla en mezquita. Los fieles aterrorizados, pero no por eso desmayados, consagraron como su metrópoli una antigua capilla que denominaban del Santo Sepulcro, hoy dia dependiente de la parroquia de San Bartolomé.

Grandes tribulaciones acometieron á la iglesia española durante la dominacion de los árabes, pero grande fué tambien el celo que desplegaron los obispos á quienes estaba encomendado el cuidado de sus atormentados rediles. Los prelados de Valencia, mas de una vez per-

(1) Isidoro de Sevilla dice con este motivo: «Recaredus regno est coronatus, cultu predictis religionis, et patris moribus longe dissimilis. Namque ille in religionis et bello promptissimus, hic fide pius et paco preclarus, ille armorum artibus gentis imperium dilatans, hic gloriosus tandem gentem fidei trophæo sublimans.» Juan de Píscar dice tan solo: «Sacerdote: scilicet arriano sapienti colloquio ingenuis ratione potius quam imperio converti ad fidem catholicam facit....»

seguidos y no pocas encarcelados y desterrados, tuvieron diferentes ocasiones de mostrar la pureza de su fé y la constancia en sus doctrinas, que á la par que imponían y exasperaban con sobrada frecuencia á los sectarios del profeta, aseguraban mas y mas en sus doctrinas y ortodoxia á los discípulos de Jesucristo. Así, despues de la muerte de Lupo en 754, tuvieron que sostener grandes debates *Felix IV*, elegido en 755; *Esteban* en 772; *Pantaleon*, monge de san Benito, en el mismo año; *Marcelo*, monge tambien de la misma orden, en 794; *Felix V*, en 814; *Juan*, en 852; *Manila*, en 857; *Froilano*, en 886; *Egas*, en 892; y *Egas II*, en 919; los cuales no pudieron impedir, á pesar del tratado de rendicion, que muchos de sus diocesanos fuesen cruelmente torturados y sacrificados so pretexto de faltar á las leyes de la morisma, aunque en realidad fuese por el noble orgullo con que proclamaban los principios del catolicismo, y su odio constante contra sus forzados dominadores. Asi pues, segun asegura el monge Usalabonio, continuador del gran cronicon de Uberto, fueron muertos en diferentes años por los árabes muchos cristianos que no quisieron abjurar sus principios y dogmas ortodoxos.

En el catálogo de los obispos de Valencia existe un vacío para la historia desde el año 942 hasta el de 1094, en cuya época no se hace mención de prelado alguno. En este último, y á consecuencia de la conquista de la ciudad, hecha por D. Rodrigo Diaz de Vivar, vulgarmente conocido por el Cid, se nombró por obispo de Valencia á D. Gerónimo Vicechío de Petrágoras, monge, uno de los mas insignes varones que ascendieron á la dignidad episcopal. Francés de origen y de la noble sangre y familia de los Vicechios, vino á España en compañía del primado de Toledo, D. Bernardo, cuando volvía de uno de sus viajes á Roma, confiriéndole una plaza de canónigo en la catedral primada.

Unido con estrechos vínculos de amistad con el capitán conquistador, escogióle este por su confesor y gobernador de su casa, y desde entonces participó de su fortuna próspera ó adversa, partiendo tambien con él el destierro que le impuso el rey D. Alonso el VI, mal aconsejado por enemigos ocultos y envidiosos de su valía y poder.

Ganada la ciudad, tomaron ambos posesion de ella, consagrando D. Bernardo de Toledo al D. Gerónimo como obispo de Valencia. Empezó su nuevo cargo purificando las mezquitas y erigiendo algunas de ellas en parroquias, colocando á su frente sacerdotes celosos, y completando el cabildo de la metropolitana con la eleccion de canónigos.

Durante su permanencia en la ciudad administró el sacramento del matrimonio á las dos hijas del Cid, que casaron por aquel tiempo en primeras nupcias con los infantes de Carrion D. Diego y D. Fernando, mas bien codiciosos de las riquezas del Cid, que por realzar su honra con parentesco de tanto prezo: así es que habiendo faltado villanamente á sus esposas, y vencidos en el campo, donde se decidió estuvieran su derecho segun costumbres de entonces, con tres soldados del Cid, fue disuelto su matrimonio, y casadas nuevamente por el mismo D. Gerónimo, la Doña Elvira con D. Ramiro, hijo de D. Sancho Garcia de Navarra, y Doña Sol con D. Pedro, hijo del rey de Aragon.

Muerto el Cid, viendo que seria imposible sostenerse contra los continuados ataques de la morisma, que pugnaba sin descanso para volver á posesionarse de aquella rica ciudad, aconsejó el D. Gerónimo á la viuda la desamparasen, y así se hizo, yendo ambos á cumplir la voluntad del héroe difunto, depositando sus restos en el monasterio de S. Pedro de Cardeña.

Desamparada la ciudad, volvieron á ocuparla de nuevo los moros, reinando en ella con todo el despotismo musulmán hasta la segunda y definitiva conquista por el invicto D. Jaime I de Aragon.

Luis MIQUEL y ROCA.

CARLOTA CORDAY.

(Nuevos pormenores.)

EL SEMANARIO ha dado ya una biografía completa de Carlota Corday. Hoy presentamos una vista de la casa donde ha nacido, y que hasta aqui ni ha sido dibujada ni descrita de una manera positiva. Añadimos á ella una vista de la casa que habitó hasta su partida para Caen, y algunos pormenores inéditos sobre la niñez de esta jóven tan resuelta, tan hermosa, y tan desgraciada.

....Parti de Argentan para ir á reconocer la cabaña donde nació Carlota Corday. No sé que encanto nos induce á visitar los lugares que han habitado los personajes célebres. Parece que se busca en la fisonomía de estos lugares algunos rasgos de la de sus célebres huéspedes. Se quiere descubrir las secretas relaciones que los unen, y ver si el hom-

bre ha marcado su morada con el sello de sus placeres, de sus inclinaciones, de sus costumbres particulares, ó si, por el contrario, los pormenores y la disposicion de esta mansion, los lugares que hirieron primero sus miradas, los paisajes en medio de los cuales vagaron sus primeros pasos, no han podido, ignorándolo ellos, ejercer una secreta influencia sobre la direccion de sus pensamientos, de sus ideas, sobre su vida misma. Ermenouville y Jerney han visto agruparse bajo sus sombras, despues de la muerte de Rousseau y Voltaire, tantos visitantes como durante su vida célebre, á fines del siglo mas positivo y mas escéptico que hubo jamás. Santa Helena, al perder las cenizas del emperador, no ha perdido al amante poderoso que atraía á sus rocas los buques de todas las partes del mundo. Menores glorias, menores recuerdos tienen tambien sus peregrinos. Carlota Corday ha vivido muy poco tiempo: una nube tan densa cubre la primera parte de esta vida de donde debía descender el rayo, que las menores circunstancias presienten, cuando se trata de ella, un interés particular. Confieso además, que la ignorancia en que parece haber permanecido hasta aqui del lugar donde habia nacido Carlota, añadía mi curiosidad de reconocerle, á mi deseo de designarle.

La mayor parte de los biógrafos han escrito que Carlota Corday habia nacido en las Ligneries, cerca de Sies. Las Ligneries distan mas de cuatro miriámetros de Sies, en el camino de Trun á Vimoutiers. Este término se reunió en parte al de Champeaux, y en parte al de Ecorches, treinta años ha.



(Carlota Corday.)

Habia salvado rápidamente las alturas de Villedeinles-Bailles, de donde la historia hace descender á los Bailles, reyes de Escocia: atravesé la vasta llanura amarillenta, en medio de la cual el riachuelo, la Diosa dibuja sus caprichosos giros entre la espesura; la aldea de Trun, cuya iglesia nada ofrece de notable, y por último, emprendí el camino de Vimoutiers.

A corta distancia de Trun, me detuve junto al camino en una antigua quinta que pertenecía en otro tiempo á los moros, y que se llama el Bisson. Es una de esas construcciones tan comunes en Normandía, troneras redondas y ventanas con cruces de piedra que quizá hayan visto la guerra de la Liga: escudo de armas en la fachada principal, con la fecha del año 1695: árboles viejos, fosos profundos, jardines dilatados, caballerizas mas hermosas que la casa. Un pórtico con pasamano de hierro ocupa la parte anterior, y se estiende bajo las ventanas del salon. Algunos ancianos recuerdan haber visto á Carlota jugueteando con otros niños en el balcon, cuyos juegos eran vigilados desde la sala. Hallábase allí vestida con un traje sencillo de tela encarnada, con los hombros y brazos desnudos, y su larga cabellera flotante. Dicese en el pais, que solo los peinó á la edad de 14 años; *peinar* quiere decir sin duda *rizar*. Grave y pensativa, se mezclaba poco en los juegos de sus jóvenes compañeros, ó mas bien solo se

mezclaba por capricho con el estrepitoso impetu y maneras imperiosas de un muchacho para separarse muy pronto. En la campiña, su placer era reunir bandadas de niños y capitanearlas ó instruirlos. Al abandonar esta casa, aquel pasamano, y aquel pórtico, testigos de sus juegos infantiles, me volví muchas veces. Parecíame entreverla á través del follage, pensativa en el derruido pórtico; el eco de sus alegres gritos hería mi oído á través de tantos años. Ilusión y quimera sin duda; pero desde este momento, la idea de Carlota Corday no se separó de mí: fué mi compañera fiel hasta el fin del viaje.

Un poco mas allá del Bisson, entré en la casa del alcalde de Ecor-

ches, hoy depositario del registro del estado civil de la antigua parroquia de las Lignerías. Hé aquí la copia que me dió del extracto de la fé de bautismo de Carlota Corday:

«El 28 de julio del año 1768, por nos el infrascrito cura de las Lignerías, ha sido bautizada Maria Ana Carlota, nacida ayer del legítimo matrimonio del señor Santiago Francisco Corday, hidalgo, señor de Armont, y de la noble señora Carlota Maria Jacoba de Gotier su esposa, de esta feligresía (1), siendo padrino el señor Juan Bautista Alejo de Gautier, hidalgo, señor de Mesnival; y madrina, la noble señora Francisca Maria Ana Levallant de Corday.»



(Casa en que nació Carlota Corday.)

Las noticias que me dió el alcalde, y otras que yo recogí durante el viaje, me condujeron, después de titubear algun tanto, al hogar que buscaba.

Habiendo llegado á la posada llamada Farou, punto culminante de la cadena de colinas que separa el valle de Trun del de Vimoutiers,

emprendí el camino de la derecha, y después de un cuarto de hora de marcha á través de prados, bosques y campos, llegué al Ronceray, casa donde Carlota había nacido. El Ronceray depende de la porción del término de las Lignerías, reunida á la de Champeaux.

Esta casa se oculta en el fondo de un valle frondoso á la sombra



(Casa en que pasó su infancia Carlota Corday.)

de manzanos elevados y viejos perales, en medio de un vergel. No se la vé hasta el momento de entrar en ella.

Nada mas sencillo, mas mezquino. Dos piezas había únicamente en el cuarto bajo; paredes enjalbegadas con cal, suelos destruidos, grandes vigas toscamente labradas, una chimenea sin adorno; encima un granero que reemplaza á un alto piso destruido hacia mucho tiempo, y un techo de tejas que reemplaza á uno de paja. Las paredes exteriores son de ladrillo en la parte inferior, y en el resto de madera y

tierra. Nada distingue esta construcción de todas las quintas esparcidas en los vergeles del país de Auge.

A alguna distancia hay un jardín estenso, rodeado de un cerco de espinos. Dos viejos avellanos, únicos contemporáneos de la niñez de Carlota, la habrán visto jugar á sus pies. Los establos y demás

(1) Las palabras de esta feligresía no se hallan en las copias de esta pieza publicadas hasta aquí.

dependencias están diseminados en la pradera. En un prado inmediato, tres viejos nogales parecen indicar el sitio de una antigua casa mas importante.

Al lado de la casa se ocultan dos balsas bajo los mimbres y juncos, demasiado cenagosas para que pueda verse en ellas, como dice Mr. Esquirós, la imagen de la vida de Carlota Corday, «tranquila y pura á la sombra de las ramas, pero turbada mas tarde tan profundamente en nuestras populosas ciudades por el contacto de las revoluciones» (1).

Como quiera que ello sea, en esta miserable cabaña fué donde nació esta jóven singular, á quien su valor y su belleza han absuelto de su crimen, esta sobrina que el gran Cornelio, adoptó por hija; esta alma de romana en un cuerpo encantador. Carlota Corday ha corrido por estas yerbas, cogido estas flores, dormido bajo estos árboles. Allí fué donde hizo, en un estado casi indigente, el primer aprendizaje de la vida. Este limitado horizonte encerró sus primeras ideas, sus primeras sensaciones. He cumplido mi peregrinación.

El Ronceray pertenece hoy al señor Lannay. Hace tanto tiempo que salió de la posesión de los Corday, que apenas les recuerdan los habitantes del país.

Carlota, muy jóven aun, la abandonó para ir á habitar, con sus parientes, el que se llamaba sin fundamento alguno castillo de Châtigny.

Este pretendido castillo solo es una casita situada en el término del Menil-Imbert, á un miriámetro próximamente del Ronceray. Allí se hallaba el antiguo palomar donde Carlota instruía á los niños. M. Corday era el menor de los hermanos, y por consiguiente nada rico. Habitaba con su familia en la campiña todo el año. Carlota Corday perdió jóven aun á su madre. Abandonó entonces á Glatigny para ir á habitar á Cacú, en la abadía de las Señoras, que solo abandonó en el momento de la revolución.

En Glatigny, por lo demás, como en Ronceray, nadie vió á Carlota Corday, nadie puede hoy dar pormenores sobre su vida, su carácter y sus costumbres. ¿Por qué hirió á Marat? Porque Marat habia hecho morir á su hermano; hé aquí lo que contestan los labriegos. La historia es ya leyenda, porque los hermanos de Carlota Corday habian emigrado y vivian en el mes de julio del año 1793. ¿Cuál fué el sentimiento del país cuando se supo su muerte? Muchos la compadecieron, porque era una valiente jóven; solo los mal intencionados la condenaron. El sentimiento general, hablando de ella, es un sentimiento de gratitud y de respeto.

Carlota Corday murió á los veinticinco años, en toda la flor radiante de su juventud y de su hermosura; por lo mismo permanecerá perpetuamente jóven y hermosa en la historia. Verásele siempre con la frente pura, la espresiva mirada, los lábios de coral y desdeñosos, las mejillas encendidas por la cólera contra Marat, llena de alíve en el tribunal revolucionario y de pudor en el cadalso. Supongamos ahora que hubiese podido salvarse por medio de la fuga, que el tribunal se hubiese engañado condenándola solo á galera perpétua, que un nuevo Thermidor la hubiese arrebatado al verdugo, que viviese todavía.... Carlota Corday tendria hoy mas de setenta años; seria esta quizá una muger anciana y fea, de color subido, cascada, arrugada, caprichosa, pegando á sus criados y acariciando á su perro. Admirárase de su gloria, ó lo que es mucho peor, se hubiera envanecido de ella. Hubiera visto condenar á uno de sus sobrinos en Argentat, muy próximo á su cuna comun; hubiera oído mil voces chillonas que disecaban su grande accion como se disea un cadáver, sin poder hallar en él ni apoderarse del alma invisible; hubiera debido inclinarse bajo el peso de las circunstancias atenuantes que la hubieran impuesto los mas justos de sus jueces. Hubiera muerto paulatinamente, y era mas apreciable morir como lo ha hecho, al sol de la historia, no lejos del cadáver de Marat.

Termino publicando una carta inédita de Carlota Corday, dirigida á un cierto M. Le Caballer, de Cacú, y conservada por M. Vantier de la misma ciudad, en su rica colección. M. Le Caballer habia dirigido poesías á la tia de Carlota Corday. Conservo la ortografía.

«No puedo, caballero, manifestaros mi reconocimiento por la obrita que os habeis dignado escribir con el título de *Muy amada*, cuando os participan los aplausos y homenajes que ha producido á su autor aunque desconocido, porque he llegado con dificultad á saber á quién debo estar agradecida. Nada describe mejor nuestros sentimientos que estos versos tiernos. Os ruego, caballero, esteis persuadido del agradecimiento y de los sentimientos respetuosos con los cuales soy de el autor de la *Muy amada*, la muy humilde y obediente servidora.

CORDAY.

19 de setiembre.

(1) Esquinos, *Carlota Corday*, pag. 19.

DOLORES.

CAPITULO VII.

SEIS AÑOS DESPUES.

El castillo de Castro-Xeriz, en que fundaba su título D. Diego Gomez de Sandoval, adelantado de Castilla, no era de las innumerables moradas feudales de que sembró la edad media el suelo de la Europa: su arquitectura indicaba á primera vista una obra de los romanos, y los restos que aun subsisten prueban la gran solidez de construcción, que caracteriza á los edificios del mencionado origen. En aquella imponente fortaleza tuvo Julio César, segun aseguran algunos, un punto de apoyo cuando la guerra contra los vándalos; segun otros, fué la defensa que expusieron se formó aquel grande hombre en sus luchas con Pompeyo. Lo que se sabe con mas certeza es que en ella gimieron, victimas del rigor de D. Pedro de Castilla, dos desventuradas princezas (1), y que en épocas posteriores sirvió algunas veces de teatro á magnificas fiestas de poderosos magnates, porque situada á siete leguas de Burgos, y dominando la antigua villa cuyo nombre tomó, pareció digno punto de reunion á los nobles de aquella comarca, que debian á su valimiento la honra de preparar allí suntuosas cacerías y espléndidos banquetes. Los villanos del contorno conservaban por largo tiempo los recuerdos de aquellos regocijos, por la liberalidad que solian usar sus señores en tales ocasiones, y por las inequívocas muestras que dejaban por lo comun de la irresistible fuerza de sus galantes caprichos.

Pero en 1431, que es la época de que vamos á hablar, hacia seis años que no alteraba nada la magestuosa calma del soberbio castillo, residencia habitual de la noble señora doña Beatriz de Avellaneda, esposa dignísima del primer conde de Castro.

Desde que el cielo le arrebató su hija, se habia hecho insoportable para aquella dama la tumultuosa vida de la corte, y pocos dias despues del triste suceso á que hemos aludido, se la vió sepultar su interminable dolor entre los espesos muros de aquel vasto edificio, que no abandonó desde entonces por mas que se empeñaron en arrancarla de su soledad los deudos y amigos á quienes apenas justamente tan prolongado retiro. Profundo era el aislamiento en que vivia allí la desdichada madre: no admitia visitas; no conservaba de su numerosa servidumbre sino á la dueña Mari-García y á la doncella Isabel Pérez, y rarísima vez alcanzaba el alcaide de la fortaleza la alta honra de presentar sus respetos á la afligida señora, que ni aun á su capellan recibia en las habitaciones que ocupaba, limitándose á oír la misa, que hacia celebrar los dias de fiesta en su capilla particular, desde una elevada tribuna cerrada por espesas rejas.

Las circunstancias de ser el capellan lejano deudo suyo, y el alcaide un servidor antiguo de su casa, no eran parte á que depusiera la condesa su sistema de absoluta reserva. El ministro de los altares se resignaba á ella, y Rodríguez de Sepúlveda (que era el alcaide mencionado), no parecia admirado por los mas singulares caprichos de aquella ilustre hembra, á cuya familia habia consagrado su vida desde los años mas tiernos, sirviendo largo tiempo de escudero á D. Juan de Avellaneda, por recomendacion del cual alcanzara mas tarde el honroso cargo que en 1431 desempeñaba lealmente.

El mismo conde de Castro y los hijos que le eran tan amados, se hallaban incluidos en la general proserpción. Doña Beatriz habia declarado que todos, sin escepcion, debian respetar su retiro, hasta que atenuado su dolor se hallase capaz de volver á la sociedad de las personas queridas; y aunque seis años transcurridos no hubiesen causado en el espíritu de la dama modificacion alguna, el complaciente y respetuoso marido se sometia todavía al rígido decreto de una separacion indefinida, contentándose con escribir largas y cariñosas cartas en que agotaba su elocuencia para persuadir á su esposa de la necesidad de que se terminase pronto tan dolorosa ausencia.

Doña Beatriz, empero, no cedía jamás: su sombría y taciturna tristeza se esquivaba del influjo poderoso del tiempo, cobrando cada dia mas grave y adusto aspecto; mas no era por cierto extraordinaria aquella especie de misantropia en una pobre mujer que en solos seis años habia perdido sucesivamente una hija adorada en la aurora de la juventud; un hermano querido, en toda la fuerza y lozanía de la edad, y un sobrino lleno de porvenir y esperanzas, citado ya en lo mas florido de su vida como ejemplo singular de caballerescas virtudes.

Don Juan de Avellaneda y Gutierre de Sandoval habian sobrevivido poco tiempo á la malograda Dolores. Murió el uno casi de repente en los dias en que se regocijaba con la halagüeña esperanza de ser en breve padre, y el otro sucumbió en un torneo, á manos de D. Alvaro de Luna, condestable de Castilla. Circunstancia era esta que parecia creada expreso para mas atizar el recíproco aborrecimiento que, sin

(1) Doña Leonor, madre del infante don Juan de Aragón, y doña Isabel Nuñez de Lara, esposa del mismo.

causa aparente hasta entonces, dividía ya á los condes de Castro y á los de Santisteban, desde el funesto suceso que desbarató tan inopinadamente el enlace convenido entre aquellas dos casas poderosas.

Don Alvaro, aunque se mostró apenado, cual era natural, por aquella gran desgracia, cobró desde entonces manifiesta aversión á la infeliz familia á quien mas directamente lastimaba, ya fuesen aquellas disposiciones un caprichoso efecto de su disgusto al verse contrariado por la suerte en uno de sus mas declarados deseos; ya ocultase en el fondo de su alma alguna horrible sospecha que no quiso nunca comunicar con nadie. Como quiera que fuese, no eran indispensables secretos motivos para explicar la ojeriza del condestable contra el adelantado, y la exacta correspondencia que no tardó en encontrar; pues bastante causa se juzgaba la respectiva posición de aquellos magnates y el estado de las cosas en aquellos tiempos de parcialidades y revueltas.

El uno de ellos continuaba ejerciendo esclusivo dominio en la voluntad del rey; el otro estaba unido estrechamente á D. Juan de Aragón, ya rey de Navarra, que era entonces la principal cabeza del bando descontento, empeñado en hundir la escandalosa privanza del condestable.

Aquella facción poderosa que ponía espanto á D. Juan II, pero que no alcanzaba á disminuir su ciega deferencia por D. Alvaro ni la arrogancia de éste, había logrado atraer á sus intereses al monarca aragonés D. Alonso V, y se jactaba con razon de contar en sus filas á los mas ilustres magnates castellanos.

Vencida una vez la potestad real, se había visto obligado el soberbio valido á dejar por algun tiempo la corte: mas su breve destierro solo sirvió para proporcionarle nueva ocasion de triunfo, porque las disidencias y rivalidades que inmediatamente sobrevinieron entre sus ambiciosos adversarios, ansioso de heredar cada cual esclusivamente el favor de que querían desposeerle, contribuyeron no poco á facilitar al soberano la vuelta de su favorito, que ausente como presente continuaba siendo constante y único objeto de su cariño y confianza. El mismo rey de Navarra, el mayor y mas temible enemigo de D. Alvaro, cooperó entonces, segun pública voz, á su regreso á la corte; ya fuese en venganza de los que osaban disputarle el derecho de sustituirle en el ánimo de D. Juan II, ya que desconfiando de lograrlo, quisiese ganarse por aquel medio el afecto y la gratitud del rey de Castilla y su privado. El resultado, empero, no correspondió á sus esperanzas, si tales concibió, pues restituido el condestable á su antiguo poderío, se cuidó poco de los buenos oficios del nuevo rey de Navarra, obligándole mal su grado á marcharse á sus estados y á no mezclarse en cosas de los agenos. Igualmente hizo alejar de su augusto favorecedor á cuantos personajes se habían mostrado contrarios, ó siquiera indiferentes á sus intereses particulares, haciéndose entonces, mas que nunca, ostensible su orgullo y absoluta su autoridad.

El vengativo D. Juan tornó, como era consiguiente, á encenderse en saña contra aquel altanero advenedizo, y no tardaron en declararse abiertamente las hostilidades de Navarra y Aragón contra Castilla, que encerraba en su propio seno no pocos enemigos de la misma causa que debía defender. Era uno de estos D. Diego Gomez de Sandoval, que á fuer de ardiente amigo del monarca navarro, necesitó sin duda toda su lealtad de súbdito del castellano, para limitarse á una aparente neutralidad que no siempre supo conservar, y que nunca le pareció sincera al suspicaz condestable.

No entra por cierto en nuestro plan el trazar en este corto episodio del revuelto reinado de D. Juan II, un cuadro exacto de aquellas luchas escandalosas que llegaron á encender la guerra entre tres estados de la península española, cuyos reyes estaban enlazados por estrechos y respetables vínculos: solo diremos lo que á nuestro objeto conviene, y es que D. Diego Gomez de Sandoval perdió la gracia de su rey y fué considerado por D. Alvaro de Luna como uno de sus mas irreconciliables enemigos.

En el año de que hablamos al comienzo de este capítulo, una tregua que varios sucesos hicieron indispensable, suspendió felizmente las hostilidades entre los tres reinos; pero el conde de Castro no se había resuelto, sin embargo, á presentarse en la corte, continuando retirado en una de sus villas, y únicamente ocupado como ya dijimos, en escribir largas cartas á su dolorida consorte, en solicitud de una reunion que todavía retardaba la adusta y misantrópica amargura de aquella muger extraordinaria. El tiempo que había atenuado con su irresistible poder la desolacion del padre, parecia impotente contra la trística tristeza del alma de la madre, aunque entre aquellos dos individuos no fuese el mas tierno y apasionado el que aparecia entonces mas constantemente sensible.

Algunas semanas habían pasado sin que la castellana de Castro-Xeriz recibiese misivas de su esposo, y ya comenzaba á inquietarla tan desusado silencio, cuando un dia se vió turbada de pronto la silenciosa calma de su retiro con la imprevista llegada de aquel personaje. Tan agena se hallaba la condesa de imaginar como posible se-

mejante infracción de sus severas órdenes, que el adelantado se instaló en el castillo antes de que se repusiera la que lo habitaba de su muda y estremada sorpresa, que parecia mezclarse con alguna turbacion. El conde, siempre cortés y sumiso con la que era objeto de su inviolable ternura, se apresuró á calmarla.—Perdonadme, Beatriz mia, la dijo cuando se vieron solos: os he desobedecido y leo en vuestro semblante que dais harta gravedad á mi disculpable falta; mas espero desenojaros completamente al haceros saber las poderosas razones que me han obligado á venir sin vuestro permiso.

—Don Diego, contestó la dama, con visible alteracion en el acento vibrante de su imperiosa voz: cualesquiera que sean las causas que os hayan traído, ereo que no prolongareis vuestra permanencia en este vasto sepulcro en que os he rogado me dejéis sumida con mi perpétuo dolor. Os debeis á vuestra patria, á vuestra familia, cuyo honor, nunca mancillado, os toca abrillantar con nuevos timbres; pero yo nada tengo que hacer en el mundo, y solo ambiciono y os pido la soledad y el descanso.

—Los tendreis, mi querida Beatriz, repuso el conde; pero no podeis ya buscarlos en estos sitios. Es absolutamente preciso que abandonemos á Castro-Xeriz esta misma noche: no existe seguridad para nosotros cerca del rey de Castilla. Estoy en completa desgracia, y no hay tiempo que perder si hemos de ponernos á cubierto de los golpes de su enojo, que atiza asaz diligente el conde de Santisteban.

—¡El conde de Santisteban! exclamó la condesa: ¡siempre ese hombre! Y bien! añadió despues de un minuto de pausa: ¿qué queja tiene de vos el condestable de Castilla? ¿No estuvisteis pronto á enlazar con la suya vuestra estirpe? ¿No os echasteis, por satisfacer su ambiciosa vanidad, aquel borron que hubiera sido público y eterno, si la muerte no interpusiera para impedirlo su riguroso decreto?

—En nombre del cielo, dijo el conde, no mencionéis sucesos que son harto dolorosos para ambos. Pluguiere á Dios que á precio de la flaqueza que me echais en cara, se hubiese podido rescatar la preciosa existencia que al acabar se llevó consigo toda la felicidad de la mia!

Calló un instante para sobreponerse á su emocion, y luego prosiguió:

—Don Alvaro de Luna jamás tuvo en mí un partidario, ni pudo esperar lo su demencia; mas parece que el infausito acontecimiento, á que habeis aludido, encendió mas nuestros odios reciprocos, y en cuanto á él, pudiera presumirse al observar su declarada saña, que quiere vengarse en mí de la Providencia que desbarató sus planes. Durante la guerra con Aragón y Navarra he puesto en práctica cuanta prudencia era posible en mi comprometida posición; pero no obstante, el condestable de Castilla me infama en la corte acusándome de rebelde, y el rey D. Juan II me arma lazos para perderme. Con pretexto de consultarme sobre el pensamiento que tiene de declarar guerra á los moros de Granada, háme enviado á llamar por dos veces; y cartas que he recibido al mismo tiempo, de personas que me son afectas, me han advertido que se está tramando mi ruina, y que si me presento en la corte seré preso inmediatamente.

—No debeis presentaros, contestó con resolucion doña Beatriz. Marchaos á Navarra y dejadme el cuidado de justificarme. Haré el sacrificio de abandonar mi retiro: iré á la corte: hablaré al rey.

—Nada lograriais con ello, mi buena esposa, replicó tristemente Sandoval. El rey no tiene oídos sino para D. Alvaro de Luna, y apenas sea conocida mi ausencia de Castilla se aprovechará ese pretexto para encausarme y despojarme de mis fortalezas. En esta persuasion no puedo consentir en dejaros sola, espuesta á los insultos de un bando furioso, y á las injusticias de un príncipe, ciego instrumento suyo.

Doña Beatriz se turbó visiblemente con esta insistencia de su esposo, y casi consternada exclamó:—Pero yo no puedo ir con vos.... no puedo absolutamente.

—¿Cuál es, pues, el obstáculo que hallais? dijo sorprendido el conde. Explicaos, Beatriz, porque comienzo á encontrar sobrado misteriosa y singular la conducta que observais conmigo.

La condesa, mas y mas desconcertada, articuló balbuciente algunas frases sin sentido, y creciendo á medida de aquel embarazo manifiesto el descontento y la estrañeza del conde, iba á espresarlos sin duda en términos amargos, cuando se hizo percibir leve rumor de cerecenas pisadas, y casi instantáneamente el de una puerta que se abria con precaucion á espaldas de la condesa. Volvió ésta la cabeza con un estremecimiento involuntario, pintándose en su rostro indescribible susto, de tal modo, que llamando la atencion de su marido, siguió maquinamente con los suyos la direccion de sus ojos. Mas solo vió á Isabel Perez que, asomándose por la puerta entreabierta, dirigía á su señora un gesto significativo, que tuvo, segun todas las apariencias, el poder de calmar su inexplicable zozobra; pues aunque al momento desapareció la doncella sin proferir palabra, la condesa se encará á su marido con aspecto mucho mas tranquilo y afectuoso, diciéndole al mismo tiempo:

—Creo conveniente á vuestros intereses que yo permanezca en Castilla algunos días mas, y os empeño mi palabra de seguiros muy pronto, si no consigo justificaros con el rey. Partid vos con nuestros hijos, don Diego; poned en seguridad vuestra persona: mas antes descansad algunas horas cerca de vuestra esposa, y aceptad de su mano un corto refrigerio.

El conde, pasmado de cuanto observaba desde su llegada al castillo, guardó un instante silencio, y rompiéndolo bruscamente, en el momento en que se levantaba su mujer para ir á dar las disposiciones necesarias al obsequio con que le había brindado, exclamó con amargura:

—¿Estais, pues, determinada á no acceder á mis ruegos? ¿Persistís en quedaros, despues de haberos asegurado que vuestra intercesion no tendrá ningun favorable éxito?

—Os he prometido reunirme á vos en cualquier parte en que os halléis, respondió la condesa, pero no saldré del castillo sin haber intentado el defensoros: confundiendo á nuestros enemigos.

—¿Y si yo os prohibo tan inútil como peligrosa defensa? replicó enojado el conde: ¿si yo os mando acompañarme, terminando de una vez la caprichosa separacion á que me teneis condenado hace seis años?

—No os juzgo capaz de emplear la fuerza para arrancarme de este asilo, dijo doña Beatriz sin alterarse, y solo por medio de ella podríais conseguirlo.

El conde, despechado, detuvo á su mujer que iba á dejar la estancia, y pronunció entre triste y colérico: —Pues bien, quedaos en buen hora, y continuad á vuestro placer la estraña conducta que os habeis propuesto. Partid inmediatamente para alcanzar á mis hijos, que me llevan dos horas de ventaja, pues quiero que entremos juntos en Nájera, que es el punto á donde por de pronto me encamino. Recibid mi despedida, Beatriz, y por si no volvemos á vernos, sabed que os perdono cuanto sufrí por vuestras, y que os agradezco siempre los días venturosos que en otro tiempo me disteis.

Hizo una reverencia á la dama concluyendo esta frase, y tornando á ceñirse su espada salió precipitado del aposento.

Resuelto estaba á abandonar el castillo sin mas demora, y con tal intencion atravesaba aceleradamente una de las galerías, llamando á grandes voces al alcaide para comunicarle sus órdenes, cuando le salió al encuentro la dueña Mari-García, á la que no había vuelto á ver desde la muerte de Dolores. Tan llana y cadavérica se encontraba despues de aquella época la desgraciada vieja, que apenas pudo reconocerla el conde. Ella debió observarlo, y se apresuró á decirle: —Soy Mari-García, señor D. Diego; ó mejor diré: soy un lastimoso resto de ella, que está reclamando el sepulcro. Dios sin embargo, en su infinita piedad, no ha querido apagar la última chispa de vida que queda en este cuerpo ruinoso, sin concederme antes el consuelo de ver á vuestra merced y pedir de rodillas su perdon.

—¿Mi perdon! exclamó el conde: ¿pues en qué me habeis ofendido, pobre anciana?

—Yo lo diré todo, pronunció María echando en derredor una mirada recelosa: todo! Pero estoy temblando de miedo: me espian, señor.... me temen! La condesa me mataria si me viese hablando con vuestra merced. En nombre del cielo no dejes este castillo sin darme tiempo á que os revele el cruel secreto que atormenta mi alma. Os interesa en sumo grado conocerlo.

—Un secreto! repitió el adelantado, temblándole ya los labios: ¿un secreto de mi muger!

—Oigo pasos: dijo la vieja con estrema zozobra: huyo... huyo de aquí, señor! pero no olvideis lo que os he dicho: no me dejes morir con un atroz secreto encerrado en el alma.

Apenas dijo esto, huyó la vieja, como lo había indicado, dejando atónito á D. Diego, y casi al instante mismo entró por otro lado la condesa, que seguía á su marido, apenas sin duda por la manera fria y amarga con que terminaran aquella entrevista, despues de seis años de separacion dolorosa.

—¿No os detendreis siquiera algunos minutos para tomar un refrigerio? dijo cariñosamente á su esposo.

—Si: contestó el conde todo inmutado; si: descansaré un rato... debo hacerlo, pues lo queréis. Mandad que me dispongan un lecho, lejos de vuestro aposento... para no molestaros. Necesito dormir un poco.

—Antes, espero que me hacedis en la mesa compañía, tornó á decir la dama.

—Despues... despues de que repose algunos instantes, replicó don Diego tartamudeando. Ahora estoy quebrantado: me siento malo.

El semblante demudado del conde daba tan evidentes muestras de la verdad de lo que decía, que doña Beatriz, atribuyéndolo todo al disgusto y enojo que le había causado negándose á seguirle en su fuga, redobló las demostraciones de cariño, y le condujo por si misma á la pieza de aquel departamento del castillo en donde se le dispuso la cama. Sirvióle en seguida por su propia mano un vaso de vino con panetelas, y encargándole que se acostase y procurase dormir, le dejó

solo. Ya comprenderá el lector cuán imposible era que gozase D. Diego del reposo que fingia anhelar y que le deseaba su esposa. Las misteriosas palabras de la dueña escitaban en su corazon sentimientos que le eran desconocidos hasta entonces. La virtud de doña Beatriz y la confianza en ella que había sabido inspirarle, le preservaron constantemente hasta del menor asomo de celos; mas de improviso, y á pesar de sus propias convicciones, asaltaba aquella pasion tirana el descuidado pecho del adelantado, causándole tan gran perturbacion y tan violenta ansiedad, que llegó á imaginar imposible el soportarla sin morir. Apenas se encontró solo, comenzó á recorrer á largos pasos la espaciosa estancia en que se hallaba, revolviendo entre si mil confusas ideas á cual mas disparatadas, y con tales gestos de dolor y rabia, que lo hubiera tomado por demente cualquiera que lo hubiese visto durante aquellos momentos de indescribible agitacion. Parábase, empero, de vez en cuando, y prestaba silenciosamente el oido al mas leve rumor que imaginaba percibir, esperando que la dueña viniese á buscarle para darle la explicacion de sus singulares anuncios; mas cuando pasó media hora sin que nadie apareciese á disipar ó á confirmar sus recelos, no pudo contener mas su dolorosa impaciencia, y abriendo de súbito la puerta, se lanzó fuera del aposento y comenzó á andar sin saber adonde, pero animado con la esperanza de encontrar á María, que acaso estaria acechando la ocasion de hablarle. Desiertas estaban las varias piezas que recorrió en un momento; parecia que todos los moradores de aquella parte del señorial edificio se habían hecho invisibles, y el conde, cuya anhelante impaciencia iba creciendo de punto, á medida que se prolongaba, se decidia ya á llamar á la dueña en altas voces rompiendo toda clase de miramientos, cuando pasando cerca de una puerta que se encontraba cerrada, le pareció que oia hablar detrás de ella, y prestando mayor atencion, no le quedó duda de que había gentes en aquella cámara. Aplicó el oido con profundo silencio, y pudo distinguir las siguientes palabras, que parecían pronunciadas de intento para llevar al último estremo los penosos sentimientos que atormentaban su alma.

(Concluirá.)—G. G. DE AVELLANEDA

San Juan de Villatorrada.

San Juan de Villatorrada es un pequeño lugar de Cataluña situado al pié de los Pirineos. Lo que mas llama cerca de él la atencion son los montes que van asomándose despues de pasada la villa de Ripoll, hácia el Norte, mayormente el Puigmal, que parece el gigante de todos cuantos haya podido ver el viajero en toda la Península.

Las dilatadas praderas que se encuentran en el término de Campdevanól, seguramente son de lo mas hermoso que hay. El camino que sigue constantemente la orilla izquierda del Tréser ofrece unas perspectivas encantadoras. Se pasa este rio en el puente de la Cabrera, y entonces el viajero lo lleva á su mano derecha.

Desde ahora es preciso dejar á un lado la naturaleza, para detenerse á considerar los monumentos del arte. Lo primero que se ofrece á la vista es un trozo de camino escabado en una prolongacion de peñascos, parecido en esta parte al que se encuentra en Galicia, construido de orden de Trajano que llaman *Los colos de Lironco*.

En este paraje se hallan unas como fajas de peñas que á primera vista parecen unos diques para detener el enorme peso de los montes; en una de estas fajas ó listas, y cuando la Peña llega á su mayor espesor, es en donde se encuentra una grandísima cortadura, por la cual pasa el camino que conduce á la villa de Ribas. Como una hora antes de esta villa, y tocando casi al mineral de aguas, tan saludables y conocidas en Cataluña, es en donde se encuentran *Las Cuevas de Ribas*. Son estas cuevas unas habitaciones antiquísimas construidas en la Peña á entrambos lados del camino. Conduce á ellas una entrada tan angosta, que no admite sino una sola persona á la vez. Si algun viajero intenta introducirse en alguna de ellas, la oscuridad, el miedo y el terror que le causa, le priva el gusto de poder ver aquellos sepulcros construidos para los vivos. Su situacion es muy melancólica y fúnebre, á una elevacion estraordinaria del camino, y casi perpendicular á él, se ven unas mezquinas ventanas que corresponden á las entradas que llevo dichas. Siguiendo con la vista la prolongacion del peñasco se notan á alguna distancia del camino las mismas ventanas hechas en malecones de piedra formados en las aberturas de las peñas. Todo lo cual induce á creer que estas miserables moradas han sido algun dia habitacion de un pueblo desgraciado, que en tiempo de alguna persecucion ha buscado su asilo en aquel espantoso lugar.

En la época de los árabes, tomadas las ciudades de Gerona, Manresa y Vich, se vieron los fieles y valientes catalanes precisados á refugiarse á los montes de Ripoll, allá á principios del siglo octavo, segun parece. ¿Tendria nada de estraño que este notable sitio fuese otra segunda Covadonga, á donde se refugiase algun D. Pelayo catalán?

Imp. del SEMANARIO e ILUSTRACION, á cargo de Alabastra, Jacometrezo, 26.